

SALVADOR DÍAZ CÍNTORA †  
(29 de noviembre de 1937 a 2 de noviembre de 2004)

Conocí a Salvador Díaz Cíntora hace unos veinte años en la tertulia que solía reunirse en la librería Polis (pasaje Iturbide) del doctor Jesús Guisa y Azevedo. Desde la primera vez que conversamos me impresionó su conocimiento de los autores griegos y latinos, y me admiró que estuviese al tanto de las obras que se publicaban en nuestra *Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana*.

En charlas sucesivas hablamos de nuestro origen y de nuestros estudios y trabajos. Con aquella gracia maliciosa y erudita con que a veces matizaba su plática, me dijo: “Pues somos paisanos; tú de Ucareo, yo de Yuririahapúndaro: ambos somos purépechas, y los dos pertenecemos a la misma provincia agustiniana de San Nicolás Tolentino de Michoacán”.

La confirmación de nuestro paisanaje facilitó desde luego nuestra relación de amistad. Me regaló un librito de poemas, castellanos y latinos, *Hesterna*, que pocos años antes le había publicado Guisa y Azevedo.

Él había estudiado la primaria y la secundaria en escuelas oficiales, y había cursado tres o cuatro años de humanidades en el Colegio Santa Rita de Casia (Chapalita, Jal.), seminario de la Orden de San Agustín. Su padre —aquí está parte del secreto— había hecho sus estudios en el seminario que los agustinos tenían en Yuriria, y después, ya casado, había sido profesor de latín en ese mismo colegio.

Salvador no era muy generoso en sus confesiones; pero muy pronto pude percatarme de que sus conocimientos de griego, de latín y de los textos clásicos eran no sólo notables, sino —cuando menos para mí— envidiables. Mi admiración creció cuando supe que él estaba alejado y había vivido fuera de los medios académicos. Yo estaba a cargo entonces de la coordinación del Centro de Estudios Clásicos; él

acababa de separarse de algún trabajo relacionado con oficinas de turismo o algo semejante; no lo recuerdo ahora.

Dos o tres meses después de nuestra primera charla hablé de él con la directora de nuestro Instituto, la doctora Elizabeth Luna. Lo invitamos a que se incorporara como técnico académico al Centro de Estudios Clásicos. Por lo pronto, colaboró en la revisión de algunas traducciones de obras griegas, latinas y latino-mexicanas. Poco después le pedí que iniciara el estudio y la traducción de algún texto; le sugerí la obra de Amiano Marcelino. Algún colega lo malaconsejó, y le propuso que trabajara algo más breve y fácil, Calpurnio Sículo, por ejemplo. El libro fue publicado en nuestra colección bilingüe en 1989.

Yo no había sabido hasta entonces que, además de las lenguas clásicas y algunas modernas, Salvador conocía el náhuatl. Muy pronto el doctor Rubén Bonifaz Nuño lo invitó a incorporarse al Seminario de Estudios para la Descolonización de México. Así pues, en la línea de Ángel María Garibay y del mismo maestro Bonifaz, Salvador cultivó los estudios griegos, latinos y nahuas, y, como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, también la filología hispánica.

El 2 de noviembre, “Día de los fieles difuntos”, Salvador se nos fue. Yo había podido cruzar dos palabras con él algunos días antes, en un breve momento de mejoría. El miércoles 3 de noviembre, camino a Morelia, supe de su deceso.

Tres trabajos traía Salvador entre manos —además de otras diversas tareas— cuando murió: la traducción de la parte manuscrita de la *Bibliotheca Mexicana* de Eguiara y Eguren, la traducción del *Tratado de Equitación* de Jenofonte, y una novela, *El Adelantado*, ya terminada, que trata de la vida y hazañas de Pedro de Alvarado.

Cuanto lo conocimos y tratamos (colegas, alumnos, amigos) guardamos el grato recuerdo de su sabiduría generosa y su sencillez.

Roberto HEREDIA CORREA